



PERSONAJES.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.—MARGARITA DE SA-
BOYA.—LA REINA.—EL CODE-DUQUE DE OLI-
VARES.—DOÑA INES.—D. JUAN DE CASTILLA.—
D. PABLO MENDAÑA.—MEDINA.—EL MARQUES
DE LA GRANA.—UN CAPITAN.—UN ALCALDE DE
CASA Y CORTÉ.—UN UGIER.

*Ronda de capa, guardias, damas, meninas, ca-
balleros, pages &c.*

La escena en Madrid, año de 1643.

ACTO PRIMERO.

*Noche.—Una plazuela que se supone ser la de San
Martin, conforme estaba en la época del drama.
A la izquierda, en primer término, la fachada y
gradería del templo; en segundo, una calle, y
otra en el fondo, que parte casi en la misma di-
reccion. A la derecha, en segundo término, otra
calle que cae en frente de la de la izquierda; en
primero, una casa con puerta y balcon practi-
cables, y delante de la casa una imágen en su
nicho sobre la pared, alumbrada por un faroli-
llo, única luz que hay en la escena.*

ESCENA I.

MENDAÑA, CASTILLA, GRANA, *que al levantarse el telon aparecen mirando con curiosidad á varias damas, que á su espalda se dirigen hácia el templo, todas con el velo levantado. Con las damas se verán tambien algunos caballeros.*

CAST. ¡Todas sin manto!

MEND. Mejor.

CAST. No digais eso, Mendaña; siempre el manto fué en España. . . .

MEND. Tapa-enredijos de amor.

GRAN. Si ántes fueron permitidos los velos. . . .

CAST. Sigán como ántes para bien de los amantes. . .

MEND. Para mal de los maridos.

GRAN. Vos, por lo visto, Don Pablo, dado sois al matrimonio.

MEND. No diré que no.

CAST. ¡Demonio!

MEND. Ni diré que sí.

CAST. ¡Pues, diablo! . . .

CAST. Direis. . . ¡qué sé yo!

MEND. Quien forme otros juicios mucho yerra; que al fin y al cabo, en la tierra Todo es. . . segun y conforme.

GRAN. ¡Ah! ya. . .

CAST. No os entiendo aun.

MEND. Todo en el mundo es mejor.

GRAN. ¡Todo, decís!

MEND. Sí, señor; todo, conforme y segun.

GRAN. De lo que decís infiero. . . .

MEND. Que es mejor vivir casado.

CAST. Mas yo en limpio habré sacado. . . .

MEND. Que es mejor vivir soltero.

GRAN. ¡Gran sentencial!

CAST. ¡Gran sandez!

GRAN. Tal razon me deja mudo. Siendo viudo. . . .

MEND. ¡Ah! para el viudo lo mejor es la viudez. *(Riéndose.)* ¡Profunda filosofia! . . .

GRAN. Por profunda y verdadera es mejor. . . que otra cualquiera.

MEND. Si la cede en mejoría.

CAST. ¡Es verdad!

MEND. Teneis razon,

CAST. ¡Voto á veinticinco santos! pero volviendo á los mantos, que es aquí nuestra cuestion. . . .

GRAN. Nadie á comprenderlo acierta. Cual si fuesen á sus bodas, andan hoy las damas todas con la cara descubierta.

MEND. Es que el rey lo manda así.

CAST. Mas ¡por qué lo manda el rey!

MEND. Yo no interpreto su ley

CAST. Corren voces por ahí. . . . Lo diré pronto y clarito. Esa injusta ley. . . .

MEND. ¡Prudencia!

CAST. Su magestad. . . .

CAST. Su Escelencia.
 MEND. Díola el rey. . . .
 CAST. No, el favorito.
 MEND. Es el propio, segun creo.
 CAST. Sí. . . Olivares. . . .
 MEND. ¡Gran señor!
 CAST. Pues; os proteje. . . .
 MEND. Mejor.
 CAST. Ese sí que es mejoreo.
 Pero, volviendo á Olivares;
 él, que al soberano engaña,
 le arrancó ley tan estraña
 por fines particulares.
 MEND. Es un falso testimonio.
 CAST. No; tan ridícula ley. . . .
 MEND. Díola en servicio del rey.
 CAST. O en servicio del demonio.
 No conspiran las tapadas;
 y es esa ley singular. . . .
 MEND. (*Con calor.*) La mejor. . . para evitar
 enredos y cuchilladas.
 CAST. (*Colérico.*) ¡Vive Dios! . . .

ESCENA II.

Dichos, QUEVEDO.

QUEV. (*Entrando por la derecha.*) Paz, caballeros,
 No haya duelo ni quebranto,
 ni en noche de Juéves Santo
 se ensangrienten los aceros.
 GRAN. ¡Noble cisne de Madrid!
 QUEV. ¡Cisne pues!. . . El de Guzman
 dice que soy alcotan.

GRAN. ¡Oh! venid acá, venid.
 ¡Qué hay de nuevo por la corte?
 QUEV. ¡Por Madrid?
 GRAN. No; por palacio.
 QUEV. No sé nada.
 GRAN. ¡Qué rehacio!
 QUEV. Nada que á nadie le importe.
 Pero cuando aquí llegué,
 percibí en frases cortadas
 no sé qué de cuchilladas. . . .
 CAST. ¡Conque oísteis! . . .
 QUEV. No sé qué.
 GRAN. Eran Castilla y Mendaña
 disputando con calor
 que esa ley. . . .
 MEND. Es la mejor.
 CAST. La peor que hubo en España.
 QUEV. Cómo! ¡Hablais sobre los mantos! . . .
 Eso es andar por las ramas.
 CAST. Tal rigor contra las damas. . . .
 QUEV. Nos descubre sus encantos.
 No os pareís en frioleras.
 Tal negocio no es de rey
 ni de ministro. . . Esa ley
 es cuestion de costureras.
 Leyes de tan ruin valía
 no son de gobierno á fe,
 son leyes no mas. . . .
 CAST. ¡De qué?
 QUEV. Leyes de. . . guarda-ropía.
 GRAN. ¡Bien dicho, bien. . . Pero ya
 ruido en el templo se siente:
 las tinieblas. . . .
 MEND. Ciertamente.

Vamos, señores, allá.

QUEV. Vamos, pues.

CAST. (*Aprte.*) Quevedo, oid.

ESCENA III.

QUEVEDO, y CASTILLA que le detiene cuando se dirige al templo.

QUEV. ¿Que es lo que tanto os agita?

CAST. ¡Oh! la infanta Margarita vino ayer tarde á Madrid.

QUEV. Pero entónces ¿dónde está? En palacio, no.

CAST. Lo sé.

Donde Olivares esté, nunca la infanta cabrá.

QUEV. Mas ¿quién vino en su compañía?

CAST. Sola de Ocaña se huyó; y ¿sabeis por qué? . . . Por no morirse de hambre en Ocaña.

QUEV. ¿Es imposible.

CAST. ¡Por Cristo! . . .

Yo os juro que vino ayer, y que entró al anochecer, y que mis ojos lo han visto.

QUEV. Equivocacion, D. Juan.

CAST. Yo sé bien que se halla aquí; pero tengo para mí que otros tambien lo sabrán. Olivares vive alerta; teme que aborten sus tramas. . . .

Tal vez. . . . ¿Quién sabe! . . . Hoy las da-
(*Con intención.*) (mas

van con la faz descubierta.

(*Entra en el templo.*)

ESCENA IV.

QUEVEDO.

Ella es sin duda. . . . Castilla dice que se huyó de Ocaña. . . .—

Cierto; ayer entró en la corte, y hoy me dirige esta carta.

Diómela con tal misterio aquel hombre de la capa. . . .

Ni se descubrió el embozo, ni me dijo una palabra.

De ella es sin duda. . . .—imposible.

No; la duquesa de Mantua,

del gran Felipe Segundo nieta; del rey prima hermana,

la que en Portugal vireina fué tambien; la ilustre infanta

Margarita de Saboya. . . .

No, no puede ser la dama que me escribe. . . . Sin embargo. . . .

ella es hoy bien desgraciada. . . .

—Y aun así, yo. . . . ¿qué podría para endulzar su desgracia?

El pensarlo fué quimera. . . .

Mas ¿de quien es esta carta?

¿De quién? . . . Cuanto mas la leo,

Ménos mi mente lo alcanza.

(Leyendo á la luz del farol.) “Una dama ilustre,
 “á quien vos conoceis, y que os estima en mucho,
 “ha menester hablaros esta misma noche. Estad
 “en San Martín, y la veréis al fin de las tinieblas.
 “A pesar de la prohibición de los velos, irá rebo-
 “zada y encubierta, porque la importa no ser de
 “nadie conocida, y porque vos la conozcais. Su
 “nombre os lo dirá ella misma. Adios.”

Su nombre. . . . su nombre. . . . Cierto. . . .
 Margarita. . . . Si, la infanta. . . .
 ¡Ella en Madrid!—¡Oh! Castilla
 dice que se huyó de Ocaña. . . .
 Sí. . . . ya sabrá el conde-duque
 su venida. . . . y para hallarla
 mandó que desde hoy sin velo
 anden por Madrid las damas. . . .
 ¡Cuánto la aborrece ese hombre! . . .

(Mira la carta.)

ESCENA V.

QUEVEDO, y MENDAÑA que sale del templo.

MEND. Quevedo. . . . ¡Mas, calla, calla!
 ¡Componéis versos! . . . ¡Por vida! . . .
 Vamos, ya entiendo. . . . ¡Una sátira!
 ¡Ah, mejor, mejor!

QUEV. *(Imbécil.)*

MEND. Llenos estarán de gracia
 picante. . . . Vamos, leedme. . . .

QUEV. ¡No me buscábais, Mendaña?

MEND. Ciertamente: las tinieblas
 dieron principio; y la Grana,

Castilla y demas amigos,
 notando vuestra tardanza. . . .

QUEV. Vamos, pues.
 MEND. Sí; mas primero
 leedme. . . .

QUEV. Ved que me aguardan.

MEND. Bien; pero despues. . . .

QUEV. Despues. . . .

(Dirigiéndose al templo y con convicción.)
(Es la duquesa de Mantua.)

ESCENA VI.

OLIVARES, que ha estado en la esquina de la dere-
 cha y con el embozo á la cara durante la escena
 anterior; despues MEDINA.

OLIV. Gracias á Dios que me dejan
 libre un momento la plaza.
(Llamando á la casa de la derecha.)
 Medina.

MED. *(Saliendo.)* ¡Señor!

OLIV. La hora
 llega.

MED. La espero con ansia.

OLIV. ¡Los has conocido?

MED. A todos.

OLIV. ¡Qué hablaron?

MED. Con la distancia
 no he conseguido cazarles
 ni siquiera una palabra.

OLIV. Bien; poco importa.—Quevedo. . . .

MED. Leyendo estuvo la carta.

OLIV. ¡Será la misma?

MED.

Sin duda,
No habrá conocido nada.
Luego que vos la leisteis,
volvi de nuevo á cerrarla,
y al punto se la entregaron
como si estuviese intacta.

¡Oh! Con tan buenos espías. . . .
No hay que interceptar las cartas,
cuando el mismo que las lleva
se encarga de interceptarlas.

OLIV.

Está bien. Cuando del templo
la dama del manto salga. . . .
Ya lo sabes. . . .

MED.

Ciertamente.
Mas si alguno la acompaña. . . .
La sigues y. . . .

OLIV.

MED.

Ya, ya entiendo:
en cualquier calle escusada. . . .

OLIV.

MED.

OLIV.

MED.

Discrecion y mano firme.
Podeis rezar por su alma.

Golpe seguro.

Seguro
lo llevó Villamediana.

OLIV.

Pero aun pudo en su agonía
escribir cuatro palabras
con su propia sangre, y pudo
perdernos.

MED.

Pero, á Dios gracias,
el escrito á vuestaas manos
fué derecho y. . . .

OLIV.

No fué mala
suerte el que yo aquella noche
con un alcalde rondara,
cuando se halló su cadáver

tendido junto á las tapias,
cerrando el papel sangriento
entre sus manos crispadas.
Pero nunca me habeis dicho
lo que en él Villamediana
escribió al morir.

MED.

OLIV.

Medina,
eso ya no importa nada.
Lo que importa es que esta noche
no escriba tambien la dama. . . .
No dirá Jesus.

MED.

OLIV.

MED.

OLIV.

Confio. . . .
Podeis tener confianza.

Pues á palacio en seguida;
mira que aguardo con ansia.

MED.

OLIV.

Grande es sin duda el servicio.
No será menor la paga.

(Medina, á una seña de Olivares, saluda y entra
en la casa.)

ESCENA VII.

OLIVARES.

OLIV.

¡Dura pension del poder! . . .
¡Oh! luchar. . . ¡siempre luchar! . . .
¡Enemigos por do quier! . . .
Mas no es fácil sorprender
á quien se empeña en velar.
Tú con tu ardid estás hoy,
noble duquesa, en Madrid;
pero yo tambien lo estoy,
y han de luchar por quien soy,
el ardid contra el ardid.

Quisiste, al dejar á Ocaña,
 decir al rey, por mi mal:
 "Miente Olivares. . . ¡Te engaña!
 Por su culpa, el rey de España
 no es ya rey de Portugal."
 ¡Débil, incauta muger! . . .
 vanos tus intentos son;
 y muy pronto hemos de ver
 si me arrancas el poder
 ó te arranco el corazón. *(Se dirige al fondo.)*

ESCENA VIII.

OLIVARES, MARGARITA *por el fondo y con el velo echado.*

MARG. Ah!
(Como con susto al encontrarse con Olivares.)
 OLIV. Señora, perdonad. *(Dejándola paso.)*
(¡Con velo? . . . Es ella.)
 MARG. Id con Dios.
 OLIV. Yo me holgara de ir con vos.
 MARG. Pláceme la soledad.
 OLIV. Débeos ser muy halagüeña
 esa soledad, señora.
 cuando por aquí á tal hora
 vais sin rodrigon ni dueña.
 Mas, ya entiendo; alguna cita. . . .
 MARG. Adios, que se me hace tarde.
 OLIV. Un momento.
 MARG. Dios os guarde.
(Se dirige al templo.)

OLIV. *(Despues de un momento.)*
(¡Oh, qué idea!) ¡Margarita!
(Margarita que empieza á subir las gradas, vuelve al punto la cabeza.)
 Bien; acerté vuestro nombre.
 MARG. ¡Gran Dios!
 OLIV. ¡Vais á San Martin!
 Ya dan las tinieblas fin.
 No váyais.
 MARG. ¡Quién es este hombre?
(Dando algunos pasos hácia Olivares.)
 OLIV. *(Adelantándose.)* ¡Os habeis quedado muda?
 MARG. ¡Quién sois vos?
 OLIV. Nada os importe:
 soy. . . un cualquiera en la corte.
 MARG. Conoceis! . . .
 OLIV. Sí, á cierta viuda
 conocida en toda España,
 que en secreto. . . .
 MARG. Proseguid. *(Con turbacion.)*
 OLIV. Vino ayer tarde á Madrid.
 MARG. ¡Desde dónde?
 OLIV. Desde Ocaña.
 MARG. ¡Gran Dios! ¡Soy perdida!
 OLIV. ¡Oh! ¡Cuánto,
 cuánto en su angustia me gozo!
 Echad abajo el embozo. *(Con imperio.)*
 MARG. Cuando echeis atrás el manto.
 MARG. ¡Y os atreveis? . . .
 OLIV. Damas mil
 van hoy sin velo; es de ley:
 ved que lo ha mandado el rey.
 MARG. ¡Sois por ventura alguacil? *(Con ironía.)*
 OLIV. Soy, señora, un poco mas;

- un hombre que ve y observa,
que siente crecer la yerba;
soy. . . .
- MARG. ¡El mismo Satanás!
- OLIV. Bien decís. (*Riéndose.*)
- MARG. (El es. . . ¡Ay Dios!
¡Quién otro pudiera. . . quién!)
Hidalgo, os conozco bien.
- OLIV. Bien os conozco yo á vos
- MARG. Causa sois de mis pesares. . . .
- OLIV. Mi nombre. . . .
- MARG. ¡Nombre maldito!
Os llamais. . . el favorito. . . (*Con desprecio.*)
- OLIV. Conde-duque de Olivares. (*Desembozándose.*)
- MARG. (No me engaÑe. . . ¡Siempre ese hombre!)
- OLIV. Algo suspensa os dejé
mi nombre.
- MARG. (Me insulta, ¡oh! . . .)
Yo desprecio vuestro nombre.
- OLIV. Nadie le humilló en el mundo;
nombre es que España respeta. . . .
Quién no teme? . . .
- MARG. ¡Yo! . . . La nieta
del gran Felipe Segundo.
(*Descubriéndose con arrogancia.*)
- OLIV. Dama de la sangre real, (*Saludándola con
que altas prendas atesora; ironía.*
por el rey gobernadora
del reino de Portugal.
- MARG. Algun día. . . —Ya hace meses, (*Con
amargura.*)
que el rey, mi primo y señor,

- no tiene gobernador
en dominios portugueses.
Allí fuimos soberanos;
mas gracias á vos, despues
ese reino portugues
se nos fué de entre las manos.
¡Y por eso Margarita
sufre tantas penas hoy! . . .
- OLIV. (*Como esquivando la conversacion.*)
¡Vais al templo?
- MARG. Al templo voy:
tengo en el templo una cita.
- OLIV. ¡En el mismo templo? . . . A fe. . . .
- MARG. Fuera de casa ó del templo,
mal segura me contemplo.
(*Con gran intencion.*)
y adivinad vos por qué.
- OLIV. (Si yo pudiese obligarla
á volverse desde aquí
á Ocaña otra vez. . . Si, sí. . . .
¡Qué interes tengo en matarla?)
- MARG. (Qué estará tramando ahora?)
- OLIV. (Así triunfo y no asesino.)
Habeis hecho. . . un desatino:
volved á Ocaña, señora.
- MARG. Conde-duque, delirais.
- OLIV. Yo por vuestro bien lo anhele.
- MARG. ¡Por mi bien! . . . ¡No hay en el cielo
rayos de Dios!
- OLIV. ¡Qué intentais?
- MARG. Ver al rey de cualquier modo.
- OLIV. No lo lograreis acaso.
- MARG. (*Con altivez.*) Quién ha de cerrarme el paso!